

# Cercanías

Marin Mălaicu-Hondrari

## Capítulo 1: María

El fantasma de un hombre enamorado vaga por Europa tras los pasos de una mujer casada. De Barcelona a Livorno, de Nápoles a Villefranche-sur-Mer, me seguía como una sombra, rumano loco tras los vagos pasos de una española adúltera. Nuestro amor ha estado unido al agua, a un dique en el mar Cantábrico, a seis anclas que él había visto en el cielo, a los cruceros por el Mediterráneo. Al mismo tiempo que yo, junto a la Tinto Brass Band, hacía que el público se entusiasmara en la sala de conciertos, Adrian cogía un tren, o se subía a un autobús, o perdía un avión, siempre tras mis huellas, huellas de espuma y sal que no rompían en la orilla, ya que era precisamente allí donde cobraban vida. Si el barco llegaba tarde, él estaba en el puerto, con el cigarro en la mano, y si atracaba antes de tiempo estaba ya en el muelle, con su seductora voz.

Como en las apuestas o en la guerra, en las infidelidades has de tener suerte, mucha suerte, y yo, gracias a Dios, he tenido bastante. Por supuesto, la buena y la mala estaban reñidas, pero, si tuviera que hacer balance, a grandes trazos vería que la buena ha ganado con mucho; trazos que unen puertos, mares y ciudades invisibles, salas de espera y hoteles y, por supuesto, Transilvania, que yo me imaginaba llena de bosques y barrancos y asociaba, en mi frivolidad occidental, con Drácula. Ya da igual. Ahora sí que da igual. Para mí, el Mediterráneo se ha secado y el mar Cantábrico no se distingue del océano Atlántico. La Tinto Brass Band enmudeció, las esculturas de Javier y mías siguen vendiéndose, unas cambian de propietario, otras se llevaron a fundir, qué sé yo. Ya no tiene importancia. Tuve que elegir, pero no habría podido vivir de otra manera. He llegado a ser exactamente aquello que temía: una mujer sola, que intenta escapar de los recuerdos como de un enjambre de moscas, solo que nunca le basta con apretar el paso y espantarlas a manotazos.

Mucho después de que muera, mi fantasma va a vagar por los puertos de Europa, tras tus pasos. Pasos vagos, de mujer casada, decía. El colmo fue que no me lo dijo por primera vez en un puerto europeo, sino en uno del norte de África, en el puerto *la Goulette*, la Bocanada para nosotros, los españoles. Adrian había llegado unas horas antes que yo y había ido a ver Sidi Bou Said, una aldea de pescadores con casas que le recordaban a las de los pueblos andaluces. Allí, mientras recorría las callejuelas con olor a pescado, entre casas azules y blancas, se dijo que desde hacía tres meses no era más que un fantasma que vagaba por los puertos de Europa. Del Mediterráneo, le corregí más tarde, cuando pude abandonar el barco cinco horas.

Estábamos juntos en un taxi, en el norte de África, y nos dirigíamos a una playa privada. Cinco horas se pasan a la velocidad de una liebre que cruza la carretera. Después, ya en el barco, le mandaba un mensaje a Javier para que supiera que salíamos hacia Barcelona y recibía otro de Adrian que me deseaba una apacible travesía y basta, me reunía con mis chicos de la Tinto Brass Band y si nos apetecía improvisábamos, enredábamos con los instrumentos, y si no, no, pero de todas formas ya no ensayábamos desde hacía mucho, nos sabíamos de memoria el repertorio que repetíamos noche tras noche. A veces el segundo capitán asistía al concierto. A él le debíamos el contrato. Nos había visto tocar en un bar en Barcelona y después del concierto vino y nos preguntó si nos interesaba un contrato con MSC. Creíamos que era una casa discográfica. MSC, MSC, repetíamos, mientras el segundo capitán sonreía. Después nos aclaró que no, que no era una discográfica, sino una línea marítima especializada en cruceros de lujo. Antes de esto nos había escuchado por la radio y se había dicho que no sonaba mal lo que oía, después se compró un disco nuestro, bueno, nuestro disco, el único por aquel entonces, *Tanga y otros bailes*, y las melodías le convencieron de que éramos buenos, así que todo lo que nos quedaba por hacer era tomar una decisión en menos de una semana. Para empezar nos ofrecía un contrato para un solo crucero, siete noches por el Mediterráneo, y si las cosas marchaban bien y el segundo capitán no veía ningún motivo por el que que no pudieran seguir así, entonces firmaríamos para una temporada entera, es decir, hasta octubre. Me vino como caído del cielo. Esa misma noche firmamos el contrato para el primer

crucero y justo después llamé a Adrian. Eran las tres y diez para mí, cuatro y diez para él. Le conté la increíble oportunidad que se nos ofrecía. Le oía chillar de alegría y ahogarse en la emoción y olvidar la mitad del español que sabía y encenderse un cigarro y ya empezaba a hacer planes. Pero celebrarlo, lo celebré con Javier. Parecía que, por fin, había aparecido el dinero para una prensa que queríamos desde hacía algún tiempo. Hice una lista con lo que teníamos que hacer antes de que yo me embarcara y de que él se fuera a un congreso en Italia. Facturas, dos maquetas de trabajos para Javier, ITV, teléfonos, ensayos, muchísimos ensayos con la Tinto Brass Band.

Cuando le dije adiós con la mano a Javier desde la cubierta del barco que abandonaba Barcelona, sólo sabía que en siete noches, probablemente en el mismo muelle, me recogería Adrian y yo le saludaría con la mano, pero no como hacía ahora con Javier, aunque el gesto parecería el mismo - brazo derecho levantado y oscilando lentamente en el aire - pero no, nuestra preocupación, impronunciada, también radicaba en no repetir los gestos que hacíamos con otros.

Cuando subí a bordo, no me consideraba del todo ignorante en cuanto a barcos. Había viajado en ferry, vivía cerca de un puerto, y si tenía en cuenta la parte genealógica, parece ser que mis antepasados, antes de instalarse en Castilla-La Mancha, habían sido marineros. Después, ya con Javier, me había empezado a tomar en serio la escultura en metal y para conseguir materia prima no hay nada mejor que un barco desahuciado. Tenía un amigo que nos avisaba con tiempo cuando aparecía un yate abandonado, o un barco de crucero y nos dábamos prisa y cogíamos todo lo que podíamos. Era una manera sencilla, barata y rápida de procurarnos hierro. Sólo que la nave en la que me había embarcado ahora sobrepasaba con mucho lo que me había imaginado. 290 metros de eslora, 32 de manga, 13 cubiertas, unos 1000 camarotes - cada uno con su televisor, aire acondicionado, minibar- , casino, campo de golf, saunas y baños turcos, área de juegos para niños, centro de salud, centro comercial, piscinas, cine y teatro - nuestro local de conciertos-, biblioteca, galería de arte (la colección dejaba mucho que desear, era mucho mejor la exposición de fotografía), bares y restaurantes, 13 ascensores... y todo flotando por el agua bajo pabellón holandés y con nombre de Poesía.

MSC Poesía, construida por un francés y bautizada por Robert de Niro. Al principio, nosotros los de la Tinto Brass Band paseábamos juntos, como si nos halláramos por primera vez en una gran ciudad, inseparables desde que nos levantábamos hasta que nos acostábamos. Esto duró los dos primeros días, hasta que encontramos la sala de Internet, donde la tarifa era más barata que si me conectaba desde mi camarote. De todas maneras, cada noche me entraban ganas de dejarle a Adrian unos mensajes, así que sacaba el portátil y me conectaba, no podía evitarlo, aunque sabía que él no iba a estar y que hasta el día siguiente no iba a poder leer mis mensajes. Le parecía increíble que el barco se llamara Poesía, no te lo inventes, decía y yo repetía, no, no, en serio que se llama así, no me invento nada y él sacudía la cabeza, estupefacto e incrédulo, sin embargo todo esto tenía lugar en Barcelona, al final de esos siete días de crucero, cuando, tal como había previsto, en el muelle no me esperaba Javier, sino Adrian. Nos alejamos rápidamente del puerto, de las miradas de mis compañeros de la Tinto Brass Band, de las que teníamos que ocultarnos como de tantas otras. Mientras nos dirigíamos apresuradamente hacia el coche alquilado, vivía uno de esos momentos en los que me hubiera gustado que todo el mundo fuera ciego, para que nos pudiéramos abrazar, sin tener que esperar a encerrarnos en la habitación del hotel que él había alquilado antes de comer, justo al llegar a Barcelona. Dos días y tres noches nos quedamos allí. Hablamos muchísimo. Adrian fumaba, bebía y escuchaba. Casi no comíamos. Mirábamos por la ventana, dormíamos y reíamos, reíamos como locos de naderías. Le enseñé unas cuantas fotos que había hecho en el barco, tenía un montón en el ordenador, pero Adrian no quería verlas. Prefería que se las contara yo de una en una. Me parece que habéis tenido éxito con vuestro jazz latino, decía. Y estoy seguro de que un montón de ricachones alemanes se han enamorado de ti. Sus ingenuos celos me incitaban a ser mala. Entonces mencionaba a Javier. Sabía que no le gustaba que mencionara a mi marido, pero a veces no me podía abstener. Javier dice que cualquiera que está conmigo más de diez minutos, termina por enamorarse de mí. Decirle esto a Adrian era una prueba de frivolidad, o eso parecía, pero juro que no tenía nada que ver, repito, no me podía abstener e inmediatamente después de decirlo, lo lamentaba.

La primera noche celebramos la prórroga del contrato. Una semana después me embarcaría de nuevo, la misma ruta, el mismo repertorio. Ahora sabíamos con exactitud cuáles eran las rutas y el horario de llegada y salida. Debatimos la posibilidad de que se subiera a bordo como un turista cualquiera, pero el riesgo de que le vieran mis colegas del grupo era demasiado grande. Espera un momento, decía, ¿no puedo irme yo también de crucero? Y de casualidad, digamos, en el barco tocáis vosotros. Puedo ser un turista como cualquier otro. Sí, claro, puedes, decía yo, sólo que sería preferible que no fueras a dar precisamente con la Poesía. Sería demasiado para Javier. Podría no salir del camarote, te esperaría tranquilito. Después, también él se daba cuenta y decía que tenía razón, sería terrible saber que estás cerca y fingir que no tengo ni idea de quién eres o estar obligados a intercambiar sólo unas cuantas palabras, las que permite la educación en recuerdo del congreso de Candás. Sería horrible. Así es, decía yo. Temía tentar a la suerte.

Esa noche no recuerdo que hiciéramos el amor más que una vez. Después me leyó algo, creo que poemas de Gimferrer o de Gil de Biedma, o de los dos, ya que normalmente llevaba muchos libros consigo. Y como siempre, me dormí mientras le escuchaba. Me dormí en la alfombra y me levanté en la cama. Con el café, por la mañana, le pregunté si en serio no quería ver Barcelona. Por ahora me llega con lo que veo por la ventana, dijo. Por la ventana no veíamos más que otras ventanas y abajo, al final de una callejuela, unos cuantos contenedores de basura. Sonreí. El día empezaba bien. Estábamos nosotros dos, solos, juntos. Las nubes que se juntaban en el cielo nos daban igual. Apostamos con la lluvia. Yo dije que iba a llover enseguida, el dijo que no iba a llover hasta por lo menos al cabo de dos horas. Clavé los ojos en el cielo. Perdí la apuesta, así que tuve que bajar al bar a buscar tabaco y chocolate. Adrian me llamó y me dijo que mirara por la ventana o escuchara. No podía hacer ni lo uno ni lo otro, estaba en el ascensor, pero tenía claro que estaba lloviendo, le dije.

Empezó a leer un folleto de información sobre el barco MSC Poesía. No puede ser, decía indignado, ¿qué tipo de barco es éste?! Escucha. Punta Petrarca, punta Foscolo, punta Boccaccio – esto vale, pero punta Tasso...

Asqueado, cerró el folleto. Ahí que cante Berlioz, no la Tinto Brass Band. Para un grupo como el vuestro, los cabos se tendrían que llamar Rimbaud, Lautréamont, Dylan Thomas, John Berryman. Ya ni siquiera quiero subir a bordo. Imagínate que por casualidad estoy en el camarote en la punta D'Annunzio, ¡qué vergüenza! ¿Qué tengo yo que ver con D'Annunzio?

Por la noche llamé a Javier. Le dije que estaba en Madrid, en casa de una amiga, y que dos días después me iría con mi familia. Llevaba tanto con Javier y aún así le mentía... pero inventaba todas estas situaciones sin sentir que de verdad lo hacía. Cuando estaba con Adrian, se me cambiaba el comportamiento. Si no hubiera estado con él, no le hubiera mentido nunca a Javier. Pero cerca del *puto-poeta-rumano-de-mierda* me convertía en otra y los signos eran claros, desde de los innumerables cigarros que fumaba - yo que fumo un paquete cada cuatro días, con él al lado fumaba un paquete al día - hasta el estado de inactividad al que me llevaba su carácter contemplativo.

La noche siguiente fue bastante rara. Hacia las once empecé a bostezar. Un cansancio que no podía explicar se había apoderado de mí. Yo, que normalmente me acuesto hacia las dos o tres de la mañana, ahora dormitaba en el sofá. Adrian se rió de mí, me ayudó a desnudarme, mientras que seguía bostezando y se me quebraba la voz. Dormí muy mal. Me agitaba, me despertaba mucho, pero sólo semiconsciente, vamos, es una manera de decir que no me daba cuenta de en qué mundo estaba. Me acuerdo que me apoyaba en un codo y buscaba a Adrian con la mirada. La habitación parecía sumergida en un acuario, con una luz tenue, pero más consistente de lo que yo sabía que podía ser la luz, casi verdosa, cálida, increíblemente caliente, como un ocaso en un acuario. Adrian estaba en el sofá, mirando fijamente a la pared de enfrente. Cada vez que me despertaba, quería llamarle para que viniera a la cama, pero justo cuando le veía, caía en el sueño ese pesado y después me despertaba de nuevo y Adrian seguía allí, en el sofá, con las piernas cruzadas, con las palmas en las rodillas, inmóvil, con la mirada fija en mí. Después le vi de rodillas, en la alfombra, examinando un mapa marítimo, tachando Livorno, no sé cómo pude ver esto, pero puso una X en Livorno y también me acuerdo del Mar Negro. ¡¿Pero qué pasaba con el Mar Negro?! Había tachado Livorno, había visto esto, pero no había marcado nada en el Mar Negro. Había

acercado la cara a cinco centímetros del mapa. Estaba sobre el Mar Negro, hasta diría que se había sumergido y vagaba por el agua con los ojos abiertos. Después ya no le veo, seguro que no está en la habitación, el mapa ha desaparecido, el sofá yace abandonado a un lado. Cuando le veo, está en la puerta del baño, me mira por el espejo del lavabo. Fuma. Cada vez que me despierto se enciende un cigarro, como si mis cabezadas intermitentes se midieran con los cigarros que fumaba. Después ya no le veo, pero oigo cómo intenta reprimir el llanto y los sollozos desiguales me hacen enterrar la cabeza en la almohada. Está de nuevo en el sofá, muy cerca de la ventana, me da la espalda, pero sé que tiene los ojos cerrados y que hace cuentas.

El segundo día, casi no podía mirarle a los ojos enrojecidos. Me dijo que pensaba quedarse en el hotel hasta que yo me embarcara de nuevo. Había hecho cuentas y salía mucho más barato así que si me acompañaba a Madrid o se trasladaba a Córdoba y después de vuelta. Yo hubiera preferido que viniera conmigo a Madrid, pero era complicado, tenía que pasar obligatoriamente dos días en casa de mis padres. Nos separamos a la salida del hotel. Le miré por la ventana del taxi. Daba la impresión de que los escalones frente a él le mareaban, o que se levantaban como un muro impasible entre el mundo y él, y él estaba ahí, con los brazos como dos mangas empapadas, y parecía que se hallaba en el fin del mundo, o por lo menos eso me dije yo entonces, que se encontraba en el fin del mundo y que había llegado allí por su propio pie y que, una vez allí, ya no sabía que hacer y eso tampoco parecía preocuparle, en fin, estaba allí y punto.

Estábamos en Montecarlo, tenía cuatro horas libres. No andábamos bien de dinero, así que Adrian durmió en el coche, no alquiló una habitación, la iba a alquilar en Valencia, si todo iba bien. Buscamos una terraza donde beber un café, pero era demasiado pronto, así que nos vimos obligados a beber un café instantáneo en una gasolinera, después nos encerramos en el coche. Empecé a contarle.

Cerca de casa de mis padres, donde ahora hay una agencia de viajes, antes había una peluquería. Mi abuela por parte de padre iba allí a arreglarse el pelo una vez por semana. Ésta era su costumbre. Cada viernes iba a la peluquería. La otra abuela, por parte de madre, tenía otra manía: no llevaba

bragas. En toda su vida nunca llevó bragas. ¿Tú a cuál te pareces? Me preguntó él. A ninguna, por desgracia. Es más, creo que hago cosas incomprensibles para las dos. Cuando tuve mi segunda exposición personal, las invité a venir a ver mis obras. Pensaba que iban a estar orgullosas de mí. Sólo pudo venir Pepa, la que no lleva bragas. La esperé en la entrada y cuando apareció la cogí del brazo y la llevé a ver las obras. Había ya alguna gente y mi abuela quiso saber que hacían allí todas esas personas. Han venido a ver mis obras, Pepa, le dije. Bien, bien, ¿pero eso es todo? Estaba tan contrariada que incluso Javier se echó a reír y se alejó rápidamente para que no se enfadara. Cuando una señorita nos invitó a refrescos y dulces, Pepa cogió un vaso de refresco y un pastelillo, tras lo que rebuscó entre la falda y sacó un pañuelo. Sabía que ahí guardaba el dinero. La señorita de la bandeja nos miraba con un aire divertido. No tienes que pagar, Pepa, le dije. La abuela miró alrededor y dijo ¿entonces qué pasa, todos beben y comen y nadie paga? Así es en las exposiciones, Pepa. Me preguntó por qué algunas obras tenían un lunar rojo. Significa que están vendidas. Antes de que se fuera, le pregunté qué opinaba. Sobre qué, dijo ella. Sobre las obras, si te ha gustado alguna. Mira, querida mía, dijo, no te enfades conmigo, pero yo no pagaría por estos cachitos de hierro y ni aunque los hubiera encontrado en el arcén me los llevaría, así retorcidos y mal soldados. La abracé. Le tenía mucho cariño. Creo que de todas formas estaba orgullosa de mí a su modo, no tenía otra nieta. Así la veo también ahora: digna, simple, sin ínfulas, pero a la vez orgullosa y sin bragas.

El coche se había llenado de humo y Adrian bajó la ventanilla. Miraba al vacío y sonreía. El sol había iluminado los árboles cercanos. De repente me dio la impresión de oír los crujidos de la maroma. Adrian continuaba sonriendo con esa sonrisa que conocía ya tan bien, esa sonrisa que le alejaba de mí. Después encendió el coche y condujimos despacio hacia el puerto. Me embarcaba con dirección a Valencia. Nos separamos en una callejuela. Hasta mañana, le dije, en Valencia. Le estreché entre mis brazos y le besé. El verano se había acabado. Valencia iba a ser la última escala para la Tinto Brass Band. Bajaba con pasos lentos hacia el puerto. ¿Y qué más da si no puedo contener las lágrimas? Adrian se había quedado apoyado en la capota del coche. Me



fumé otro cigarro en el embarcadero, después recibí un mensaje: que tengas una apacible travesía. Nos vemos en Valencia.